



www.loqueleo.com/uy

© 2026, Roy Berocay

© De esta edición:

2026, Ediciones Santillana, S. A.

Juan Manuel Blanes 1132. 11200. Montevideo, Uruguay

Teléfono: 2410 7342

ISBN: 978-9974-92-678-3

Printed in Uruguay - Impreso en Uruguay

Primera edición: mayo de 2026

Dirección editorial: Viviana Echeverría

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Ilustraciones de cubierta y de interior: Daniel Soulier

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Ruperto y el rey del arroyo

Roy Berocay

loqueleg

—¿Te das cuenta, Vladimiro?

—¿Cuenta? ¡Claro que me doy cuenta, jefe!
¡Soy muy astuto!

El vampiro Vladimiro se rascó detrás de una oreja donde tenía acumulada una capa de tierra y dudó.

—¿De qué tengo que darme cuenta, jefe?

—¡Ay, Vladimiro, Vladimiro, cerebro de baldosa! ¿Acaso no ves lo que tengo en la mano?

—¿Dedos?

—¡No, Vladimiro! Bueno, sí, tengo dedos, eso es obvio, los uso para muchas cosas, contar hasta tres, rascarme, sacarme los mocos, son muy útiles los dedos, pero me refiero a otra cosa que tengo en la mano, fijate bien.

Vladimiro trató de ver, no distinguía mucho porque los vampiros de campo, al igual que sus

primos más pequeños los murciélagos, no ven muy bien. Para eso tienen esas orejotas con las que captan todo como radares.

–Este aparatito es una maravilla, Vladimiro, sirve para todo, puedo llamar a alguien para hablar, puedo mandarle mensajes, pero lo mejor de todo es que puedo ver cosas, videos 8
graciosos y muy entretenidos, de esos que no podés dejar de mirar.

El señor Siniestro estiró su mano y puso la pantalla del aparatito frente a los ojos del vampiro.

–¡Mirá, Vladimiro, prestá atención a nuestra nueva arma secreta!

–¿Gatitos? Son muy tiernos y cómicos, jefe.

En la pantalla se veía a dos gatitos, uno blanco y uno negro, saltar desde una silla y caer de cabeza dentro de un balde que se volcaba y giraba por el impulso. En seguida, primero uno y después el otro, los gatitos asomaban la cabeza con caras de sorpresa.

Vladimiro largó la carcajada.

–¡Usted es un genio, jefe! ¡Vamos a atacar a los enemigos con gatitos en baldes!

El señor Siniestro, el científico loco más malvado del arroyo Solís Chico y otros planetas,

hizo un esfuerzo por sonreír. Pero no le salió. Le quedó un gesto del tipo de los payasos asesinos de las películas de terror. Es que no estaba acostumbrado a sonreír. Tampoco quería sonreír, sino enojarse como siempre, gritar, tirarse de los pelos y lanzar algún insulto ingenioso contra su pobre asistente.

Pero no pudo. Miró la pantalla. Los gatitos volvieron a saltar y caerse. ¡Era tan tierno! ¡Tan divertido! ¡Tan asquerosamente dulce!

–¡No, Vladimiro! Como dijo alguien hace mucho, el medio es el mensaje. ¿O era medio mensaje? –dudó–. No importa, lo que quiero decir es que esta es nuestra nueva arma contra ese sapo agrandado que se cree un héroe, ese sapo que se dice detective.

Silencio. Vladimiro estaba pensando en gatitos en baldes.

–Vladimiro.

–¿Qué, jefe?

–Esta es la parte donde preguntás cuál sapo y ponés cara de tonto y yo me enojo. Funciona en todos los libros.

–Pero usted está hablando del sapo Ruperto, ¿verdad?

El señor Siniestro miró a su asistente con cara de sorpresa. Que era muy parecida a su cara de siempre, pero con sorpresa.

–Vladimiro, ¿acaso te estás volviendo más inteligente?

10 Vladimiro dudó. Esa pregunta podía ser una trampa.

–¿Acaso te estás volviendo tan inteligente como para no hacer las cosas que te digo?

–¡No, jefe! –Vladimiro se puso muy nervioso–. Para nada, jefe, mire, tralalá, opa opa, eh, sigo siendo así, medio limitado jaja.

–Bueno, me alegro, Vladimiro, porque el único inteligente de esta historia tengo que ser yo, ¿me entendiste?

–¡Sí, jefe! Usted y el sapo Ru... –Vladimiro se frenó. Se dio cuenta de que estaba por meter la pata–. Pero bueno, ¿y ese aparatito? Está relindo. ¿Es Made in China, jefe?

El señor Siniestro se distrajo de su enojo y levantó el aparatito.

–¡Sí, Vladimiro! Nuestra nueva arma secreta contra ese sapo inviable.

–¡Sí! –el vampiro trataba de ponerle onda, entusiasmo digamos. –¡Vamos a mandarle mensajes cuando esté durmiendo la siesta! ¡O los domingos a las diez de la noche!

–No, Vladimiro, te voy a mostrar algo.

El señor Siniestro caminó hasta una cortina y la corrió.

Había una gran caja de madera.

11

El señor Siniestro abrió la tapa.

–¡Mirá, Vladimiro, mirá, nuestra arma secreta!

Vladimiro se acercó con cuidado. Imaginaba la caja llena de alacranes o víboras come sapos, comadreja o un hipopótamo enano. Se asomó.

–Pero jefe, acá hay...

–¡Sí, Vladimiro! Más aparatos de estos, muchos aparatos de estos. Mi arma de distracción masiva. Esos bichos del arroyo no saben lo que les espera.

–No entiendo, jefe –se quejó Vladimiro.

–Esa es la idea, ya lo vas a ver.

Silencio.

Los dos se miraron durante un segundo, dos, tres.

–Eh, jefe...

–¿Qué, Vladimiro?

–Esta es la parte en la que usted se ríe como un demente maniático enloquecido porque acaba de anunciar su terrible plan. Pasa en todos los libros, jefe.

–Ah, ¡es cierto! Bueno, acá voy.

Siniestro tomó aire.

12 –¡En tu cara, sapo insostenible! ¡¡¡Jua jua jua, muajajájá, JUÁ JUÁ JUÁ!!! ¿Lo hice bien, Vladimiro?

–Excelente, jefe.

–Bien, ya podemos terminar esta parte entonces. ¿Un poco más de risa malvada?

–Bueno.

–¡¡¡Muajajá, muajajá, muajajá!!!

Pero Siniestro se frenó.

–¡Un momento! Aún no te dije lo mejor de mi plan.

–¿Mejor que derrotar al sapo?

–¡Sí! Porque además de derrotarlo, voy a convertirme en rey, el primer rey del arroyo Solís Chico.

Vladimiro estaba entusiasmado. Capaz que si Siniestro se volvía rey, él podía ser príncipe o un caballero de esos que andan con armadura.

-¡Genial, jefe! ¿Pero cómo vamos a hacer?

-Ya lo vas a ver, mi fiel asistente, vamos a ir paso a paso. ¡¡¡Muajajá, muajajá, muajajá!!!

Era esa risa malvada de nuevo.

No muy lejos de allí nuestro héroe, nuestro sapo más genial y único ídolo de multitudes, no tenía idea de la gran aventura que estaba por comenzar. Es más, no tenía idea de nada por-
que estaba haciendo lo que ningún otro héroe hacía mejor que él: dormir la siesta.

13

